





# TINTA OCULTA



Pablo Pedregal Tercero

# TINTA OCULTA



Primera edición: septiembre 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Pablo Pedregal Tercero

ISBN: 979-13-87909-02-4

ISBN digital: 979-13-87909-03-1

Depósito legal: M-19457-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A todos aquellos que me han animado a escribir*



# 1

Yo, Pascual, desconocido e ignorado por la historia y por todas las historias, fui testigo de excepción de ciertos episodios portentosos que merecen ser relatados para edificación del lector. No considero necesario proporcionar mis apellidos, pues mi identidad, aunque diera datos hasta mis últimas diez generaciones, no aportarían nada sustancial ni permitirían a nadie identificarme. Si he de ser sincero, ni siquiera estoy seguro de que mi verdadero nombre sea Pascual ni cuál sea mi edad exacta. Hasta donde mi memoria alcanza, siempre se han referido a mí con tal nombre. Esta eventualidad carece, por supuesto, de importancia para lo que nos ocupa.

No presencié todo lo contenido en esta narración, pero aquello que sí vi fue tan poco habitual que decidí documentarme de la mejor manera para completar lo que viví en primera persona y ofrecer así un relato completo y coherente. El lector juzgará si mi apreciación sobre la excepcionalidad de lo narrado le parece suficiente como para que me embarcara en tal tarea. Francamente, me importa poco lo que opine el lector, pues algunos de los eventos descritos me sublevaron el espíritu de tal manera que no tuve elección: tenía que dejar constancia de tales hechos, era una fuerza interior arrolladora que me empujó a pretender algo que en otras condiciones hubiera sido impensable.

Nací analfabeto, como todos; aunque a algunos, por deferencia singular del destino, se les ofrece la oportunidad de salir de tal estado lamentable de ignorancia, en mi caso el azar decidió que seguramente no tendría tal opción en toda mi existencia terrenal.

El regustillo que me proporciona afirmar tajantemente que burlé el destino es uno de los más singulares placeres de mi pobre y olvidada existencia. La providencia quiso jugar a mi favor, en contra del sino y a través de mi experiencia personal en los hechos que van a ser comentados, nació en mí tal deseo de aprender a leer y escribir con el solo propósito de ser capaz de actuar como reportero, que, aunque se hubieran apostado todas las huestes del infierno contra mí, no hubieran conseguido persuadirme de que no valía la pena siquiera intentarlo. Ciertamente recibí ayuda clara del cielo, que me facilitó encontrar un licenciado, que atendía al nombre de Pelayo, quien, a cambio de unas horas de trabajo manual en su domicilio, se comprometió a enseñarme las letras. Fue un negocio redondo para ambos; el licenciado, inútil absolutamente para cualquier faena manual, vivía en una nube de polvo doméstica que se levantaba cada vez que alguien no acertaba a pisar donde todos habían pisado antes; yo, con una capacidad innata para todo lo manual y perfeccionada por muchos años de práctica como único medio de supervivencia, manejaba la escoba con una soltura inusitada.

Es justo reconocer que el licenciado Pelayo era más bien diestro en tareas didácticas, de suerte que esta cualidad, unida a mis ansias de aprender, consiguieron que, en poco tiempo, avanzara mucho en los secretos del lenguaje, hasta tal punto que pronto me atreví con la empresa de empezar a escribir el manuscrito que el lector tiene en sus manos. Mentiría si pretendiera que salió de mi pluma a la primera; fueron muchos los intentos, revisados todos por mi mentor, hasta que le di la forma que, espero, terminará de leer quienquiera que haya llegado hasta esta frase. En realidad, mi celo y la fuerza de los hechos consiguieron que el mismísimo licenciado, más bien apático para la mayoría de los asuntos de la vida, se entusiasmara tanto o más que yo con la misión de relatar los hechos que nos ocupan. No se llame el lector a engaño: la obra es mía, aunque revisada de cerca por el bachiller.

Es asombroso que el mismo licenciado dudara de algunos de los hechos anunciados, insistiendo en que los había inventado o

eran fruto de mi imaginación; o de un estado febril; o de un afán inconsciente de protagonismo. Maldecía mi suerte cuando esto sucedía jurando por mi alma y todos los santos que todo lo que le contaba y transcribía en el manuscrito era tan cierto como que el sol saldrá cada día.

—Eso no es posible —me decía con una seriedad que descartaba que se estuviera burlando de mí. —Nunca he conocido ningún ser humano capaz de eso. Solo en las narraciones imaginarias y exageradas de héroes o santos se pueden encontrar tales hazañas.

A lo que yo le replicaba:

—Lo he visto con estos —señalando mis ojos—, y he pellizcado a los protagonistas en más de una ocasión para asegurarme de que no eran fantasmas o seres imaginarios.

—¿Puedes traerme algún otro testigo que confirme lo que estás contando? —insistía Pelayo.

—Claro, mañana busco al Fermín y te lo traigo. Aunque no presencié todos los episodios, podrá corroborar muchos.

Y al siguiente día se presentaba el susodicho Fermín en el domicilio del licenciado dispuesto a dejarse matar antes que mentir sobre lo que se le preguntaba. El bachiller no se dejaba amedrentar y volvíamos a las mismas disquisiciones de siempre. Aunque hubiera venido el mismísimo papa en mi auxilio, no habiéramos conseguido doblegar la incredulidad de mi maestro letrado.

Esta actitud dubitativa de Pelayo no conseguía sino convencerme más de la veracidad de los hechos que intentaba transmitir y de la necesidad de transmitirlos, de manera que me dedicaba con mayor ahínco si cabe a la tarea. Llegó un momento en que desistió de su empeño de hacerme claudicar y se consolaba pensando que, en todo caso, podría ser una obra de ficción interesante. Al principio, esta idea de la ficción me sublevaba, pues yo estaba seguro de la certeza de lo que quería contar; pero después concluí que quizá era el mejor modo de preservar la paz y conseguir que Pelayo me apoyara en mi empresa, dejando correr sus dudas.

Es posible que algunos lectores no juzguen los hechos a ser narrados como dignos de tales calificativos, pareciéndoles que son exagerados. Bien pudiera ser. Todo depende de lo que uno esté acostumbrado a ver y de la noción que tenga de la perversidad y de la nobleza humanas en todas sus facetas. Yo solo juzgo por contraste. Tales sentimientos se despiertan en mi espíritu al recordar los episodios que nos ocupan.

La narración de los hechos que nos dirigirán en las próximas páginas siguen dos modos distintos mas un solo hilo conductor: aquellos en los que yo fui testigo de los hechos descritos serán narrados, lógicamente, en primera persona; y aquellos otros que me han sido comunicados y que me he preocupado por contrastar convenientemente serán relatados en tercera persona. Así como para garantizar la veracidad de los primeros estaría dispuesto a jurar ante Dios, con respecto a los segundos no tendría sentido hacerlo pues no fui testigo directo. Este dato podría suscitar cierto escepticismo en el lector, y no le faltaría razón. Reconozco que por más que me he esforzado en completar todos los datos a través de testigos directos, no siempre ha sido posible y, en consecuencia, no me ha quedado más remedio que inventar alguna escena. Aunque podría haber quien piense que esto me ha facilitado la tarea, no me quedaría más remedio que contradecirle. Ciertamente, el esfuerzo al que me he sometido para presentar un relato coherente en su conjunto me ha supuesto, cuando faltaban los datos directos, un ejercicio ímprobo.

Yo mismo soy el primer sorprendido de la entereza y la tenacidad con la que he persistido hasta el fin en mi empeño de desvelar el misterio que rodea a los personajes centrales de lo que voy a contar. Me he cuestionado de dónde me viene a mí esa atracción por lo detectivesco sabiendo que no es simple curiosidad; no me considero a mí mismo como una persona chismosa a quien le gusta husmear en la realidad o en la vida de otros. Concluyo que es esa fuerza en mí que se sublevó al constatar lo sorprendente de los hechos que me dispongo a narrar.

La labor de periodismo de la que hablo en estas primeras líneas y los pormenores relacionados con ella se entretajan con la narración de los hechos en diversos momentos. Mas no me referiré a estos datos en lo sucesivo, pues son irrelevantes al hilo principal que mueve el relato, que en definitiva es lo que nos interesa.

Podrá el lector maravillarse de mi sagacidad con el lenguaje demostrada en los párrafos precedentes, viniendo de alguien que fue analfabeto hasta bien entrado en años. En este momento de mi vida, decidido a escribir sobre otros y después de incontables sesiones con mi querido letrado, mi soltura con el lenguaje está muy por encima de lo habitual. Por esta razón, estoy agradecido a los personajes de los que voy a hablar y sus méritos, porque me han empujado a aventurarme por unas sendas en la vida que de ninguna manera podría haber soñado en otras circunstancias. A ellos debo lo mejor del futuro que me espera y a ellos rindo mi más sincero homenaje.



## 2

Corría el año 1518 en la bulliciosa Toledo. No hacía mucho que el arzobispo de Toledo de mayor gloria conocido, Cardenal Cisneros, había fallecido. No es que a mí me importara mucho ese señor ni vivo ni muerto, pero he de reconocer que escuchaba su nombre con muchísima frecuencia cuando me mezclaba, con fines poco claros, entre el gentío a la hora más concurrida del mercado de la plaza de Zocodover. Es curioso, o a mí me lo resultaba entonces, cómo al mismo tiempo que escuchaba el nombre de Cisneros con reverencia y altísimo respeto, también oía nombrar a un tal Guillermo de Croy en un tono entre despectivo y hostil. Aunque esta diferencia me llamó la atención en más de una ocasión, según recuerdo, no le concedí mayor importancia ni me determiné a averiguar el motivo de la misma. Obligaciones y necesidades mucho más perentorias me empujaban a encargarme de asuntos más importantes.

Debía tener entonces entre diez y doce años. Nunca supe con exactitud ni el día ni el año en que vine a este mundo. Tampoco me importó mucho tal desconocimiento. Desde que mi memoria me permite recordar, me encontré solo en el mundo sin la más leve ayuda ni de hombres ni de Dios. El instinto voraz de supervivencia que en mí se revolvía me salvó la vida en más de una ocasión. Tuve la dicha de encontrarme con el grupo de valientes más sagaces que conociera jamás Toledo, aunque yo no los consideraba hombres, pues el mayor de entre ellos debía rondar los quince años. Me refiero a hombres físicamente ya que, anímicamente, casi todos

los miembros de aquella panda eran mucho más maduros que la mayoría de los adultos que yo conocía. Por no sé qué misterio del destino aquel clan me aceptó, seguramente porque, en el fondo, bajo el carácter duro e inflexible que demostraban a extraños, se apiadaban de chavales sin futuro y con cara demacrada como yo. Lo cierto es que el jefe de quince años, Tomás, me tomó bajo su personal tutela y a su lado aprendí todo el arte de sobrevivir sin contar con estudios u oficio reconocido.

Vivíamos en las afueras de Toledo, en unas cuevas cercanas al gran Tajo situadas en una ladera no lejos del puente de Alcántara. El acceso no era fácil y requería una agilidad difícil de encontrar en alguien de más de veinte años, lo cual nos permitía considerar aquella vivienda natural como nuestro domicilio. Con el tiempo, aquellas estancias se fueron completando con enseres «donados» hasta convertirlas a nuestros ojos en verdadero palacio. Mi opinión en asuntos de decoración era muy valorada por todos, pues descubrieron que mi gusto connatural era superior al de cualquiera de ellos. Realmente llegamos a sentirnos muy a gusto en nuestra morada. Allí confraternizábamos; allí compartíamos penas y alegrías; allí nos escondíamos cuando malas gentes nos buscaban con fines poco claros; allí planeábamos nuestros golpes; allí nos recuperábamos de nuestras dolencias o indisposiciones; en fin, allí comíamos, dormíamos y realizábamos el conjunto general de nuestras necesidades naturales.

Llevábamos una buena racha en los negocios. La despensa no había estado vacía ni un solo día en las últimas tres semanas. El hambre se había esfumado de nuestro horizonte inmediato ante un arsenal nada despreciable de reservas comestibles. A medida que aumentaba nuestro optimismo, nos hacíamos más ambiciosos y osados hasta el punto de no medir bien los riesgos de algunas operaciones. Una regla fundamental de nuestro estilo afirmaba: «Cuando se da un golpe en una plaza, no vuelvas a trabajar en ella hasta pasadas, al menos, tres semanas». Tomás me explicaba que en Toledo había tantas plazas que podíamos cumplir tal regla durante todo el año.

—Ya verás. Irás conociendo todas las plazas de Toledo y aprenderás a moverte por la ciudad con tal agilidad que ningún alguacil ni subordinado suyo podría darte caza —me decía con una bendita sonrisa que llenaba de optimismo al más serio—. Contamos con un entramado de pasajes secretos por toda la ciudad que solo nosotros conocemos y que nos permite zafarnos de la autoridad sin que puedan hacer nada por evitarlo.

—¿Cómo sabes que no pueden cazarte? —le preguntaba yo en mi inocencia.

—Pues porque ya lo hemos probado muchas veces, tonto —me contestaba, con un cariño que me impedía enfadarme, aunque hubiera usado un término poco amable.

Cada primavera, tenía lugar en la misma plaza de Zocodover el mercado más atractivo que jamás se viera en la monumental ciudad de las tres culturas. Muchas y muy variadas eran las gentes que lo visitaban a diario; muchos y muy variados eran los puestos que ofrecían todo tipo de artículos; desde comestibles a adornos; desde ropas a utensilios de cocina; desde armas a herramientas de escritura. En el momento álgido de cada jornada era tal el gentío que se agolpaba por todos los pasillos entre puestos que resultaba hartamente sencillo aprovechar el tiempo, de suerte que al final de cada día el botín era indiscutiblemente cuantioso. Reunidos en nuestra fortaleza reíamos ante la vista de tantos cuartos como habíamos juntado entre todos los miembros de la panda, aunque el verdadero motivo era saber que el hambre tendría que retrasar su dominio sobre nuestras vidas unos cuantos meses al menos. El invierno siempre era el mayor dolor de cabeza de todos nosotros. Nos obligaba a retener suficientes recursos durante la primavera y el verano para poder pasar los meses fríos lo más holgadamente posible: tal era el influjo negativo que ejercía el hambre sobre nuestras vidas. El evitar caer en sus garras nos espoleaba y estimulaba de tal manera que los planes urdidos en nuestro palacio eran dignos de un gran general de los ejércitos.

Con cierta frecuencia algún alguacil nos sorprendía en acto de servicio y alertaba a la persona a la que habíamos ayudado a aligerar su bolsa. Esta eventualidad no nos preocupaba en especial, pues, por lo general, los alguaciles no podían competir con nosotros en agilidad. Eran casi siempre personas obesas sin ningún interés por mantenerse en forma, con una panza a modo de esfera perfecta y con una parsimonia en sus andares dignos de un rey con gota. Era imposible que nos dieran alcance; en cuatro saltos, nos adentrábamos por la red de callejuelas estrechas, que conocíamos a la perfección y que requerían salvar obstáculos y muros en no pocos puntos. Resultaba del todo imposible que uno de esos alguaciles soñara con darnos alcance; era una competición desigual que siempre ganábamos.

Un día de tantos en que estaba yo «trabajando» confiadamente entre la multitud del mencionado mercado, escuché el aviso habitual cuando éramos descubiertos por alguno de esos agentes de la autoridad:

—¡¡Eh!! Tú, mocoso, ¿qué haces? Ven aquí —gritando y viniendo hacia mí con intención de detenerme, supongo.

En un abrir y cerrar de ojos, emprendí una carrera que no podría igualar ni el más diestro de los alguaciles conocidos en cien manzanas a la redonda. Confiado en que el agente que me descubrió no sería capaz de perseguirme y darme alcance entre las calles de nuestros dominios, me detuve seguro de mí mismo y volví la mirada a confirmar que nadie me perseguía cuando descubrí que un individuo desconocido con «faldas» estaba pisándome los talones con una agilidad digna de uno de nosotros. No pude detenerme a averiguar si era amigo o enemigo, sino sabiendo que podría darle esquinazo en un par de carreras, me lancé a correr por entre algunas de las calles más estrechas. Me seguía sin perder terreno. Con una sonrisa malévola, decidí meterme por uno de los callejones sin salida que, por eso mismo, exigía saltar una tapia al final de su trazado. Mi sonrisa mostraba la confianza que tenía en mí mismo y en la incapacidad que tendría mi perseguidor en superar

aquel muro que encerraba la calle. Lo hice con la misma limpieza de siempre y, al caer a la otra parte, me paré en seco para corroborar que mi perseguidor no era capaz de superar tal obstáculo. ¡Cuál no fue mi sorpresa cuando lo vi volar por encima del muro con la misma soltura y facilidad de un saltimbanqui! La sorpresa me impidió reaccionar a tiempo: tan insólito me pareció lo que estaba viendo que quedé como pegado al suelo sorprendido por la destreza que había demostrado aquel sujeto. Paralizado, esperé a que se acercara. No tuve tiempo de pensar lo que me podría suceder si era detenido, pues una segunda sorpresa me esperaba al contemplar el rostro sonriente del señor con «faldas» en llamativo contraste con el rostro airado del agente que me descubrió.

Nada más ponerme la mano en el hombro, sin brusquedad, apareció el alguacil por el lado opuesto del muro quien, en tono desafiante y maldiciendo todo lo maldecible, se acercaba a grandes zancadas con intenciones claras, mas poco amistosas. Sin mediar palabra, el que me alcanzó me quitó las monedas que llevaba en el bolsillo, fruto de mi trabajo, y las deslizó en el suyo, guiñándome a la vez el ojo derecho. No entendía nada y no podía imaginar lo que iba a suceder a continuación, aunque no deseaba saberlo. Al ver a mi acompañante, los modales del agente se dulcificaron notablemente sin que yo entendiera la razón.

—Disculpe usted —se dirigió a mi compañero—, pero he descubierto a este bribón robando a los transeúntes en el mercado de Zocodover.

—Adelante, cumpla con su obligación —le respondió mi acompañante en tono conciliador.

El alguacil me registró de arriba a abajo sin ningún miramiento mientras su tono subía en decibelios e improprios a medida que no encontraba nada que pudiera comprometerme. Alcé la mirada al de las faldas, quien parecía divertirse con mi cara de angustia y desconcierto. Yo no acertaba a interpretar lo que estaba pasando. Una vez que el alguacil se aseguró de que no llevaba nada encima, me empujó con desdén y se dirigió, disculpándose, al otro:

—Disculpe usted, padre, juraría que este bribón había birlado más de una moneda a algún transeúnte distraído en la plaza. Aunque... quizá... podría ser que...

—¿Sí?

—No, nada, es un disparate que se me había pasado por la cabeza. Dios le guarde, padre —y dirigiéndose a mí—, la próxima vez no te escaparás, ladronzuelo.

Y se marchó.

El padre, como le había llamado el oficial de la justicia, se echó a reír sonoramente al ver que yo seguía tan desconcertado como al principio.

—Ven —me dijo—, acompáñame. —Y me devolvió el dinero que no era mío, pero que ahora parecía que sí me pertenecía—. Espero que la persona a la que le has quitado estas monedas las necesite menos que tú —mirándome de arriba abajo, concluyó—: Sí, creo que tú lo necesitarás más que muchos.

Yo seguía tan aturdido por aquellos acontecimientos que no conseguía interpretar, que no osé contradecir al padre y lo seguí cual manso corderito hasta que llegamos a una de las iglesias, que yo me conocía de memoria...; en el exterior, se entiende, pues rara vez penetraba en ninguna, y, si lo hacía, no era con otro afán e interés que seguir de cerca a algún «cliente» que lo mereciera o para escamotear algún objeto susceptible de ser intercambiado por materia prima más de mi gusto. Al entrar el padre se arrodilló y se persignó delante de un objeto brillantísimo, como de oro, que debía ser muy valioso. Lo seguí de manera automática y me llevó a una sala aparte en la que no había nadie. Después aprendí que se llamaba sacristía. Me hizo sentar y entablamos un diálogo interesante.

—¿Dónde vives? —preguntó.

Como yo no respondía, continuó preguntando, aunque yo realmente no lo escuchaba, pues estaba obsesionado con una idea. Con fuerza para levantar mi voz sobre la suya, le pregunté a bocajarro:

—¿Por qué no me ha entregado al alguacil? —Y me quedé inmóvil, con rostro desafiante, esperando su respuesta.

Comprendió que aquel acto, que seguramente para él había sido algo sencillo y sin importancia, me había sublevado el espíritu.

—¿Por qué crees tú que lo he hecho? ¿Crees que he hecho bien?

—Nadie antes me había tratado así. En más de una ocasión he pasado varios días en prisión porque alguien me ha cortado la retirada cuando pretendía escapar tras haber cogido algo que no era mío. También les ha pasado a casi todos mis compañeros alguna vez.

—¿Cómo te llamas? —insistió casi con dulzura.

—Pascual me llaman.

—Escucha, Pascual. No quiero que pases más días en prisión, pero tampoco deseo que te ganes la vida a costa del trabajo de otros. Vamos a hacer un trato. Tú te comprometes a no robar; y yo me comprometo a darte de comer cuando tengas hambre y a buscarte algún modo de que aprendas un oficio. ¿Te parece un trato justo?

No pude negarme ante tanta buena voluntad, sin estar seguro de ser capaz de cumplir mi parte o de si me interesaba tal propuesta. Antes de comprometerme, lo llamaron desde el altar mayor. Vi los cielos abiertos y, sin encomendarme a ningún santo, me escabullí por entre una fila de columnas bien situadas justo a la entrada de la sacristía. No escuché mi nombre en ningún momento, de lo que deduje que el de «las faldas» no se dio cuenta de mi huida. No volví la cabeza para averiguarlo. Una vez fuera del templo, me faltó tiempo para salir como alma que lleva el diablo, sin parar hasta que me sentí seguro en nuestros dominios.

—Pero, chico —me interpeló el Fermín sin mucha ceremonia—, ¿de dónde vienes?, ¿de quién huyes? —tan agobiado me debió ver que continuó—: Respira, respira, que te ahogas.

Empecé a toser de manera descontrolada, por lo que mi amigo no dudó en darme palmadas en la espalda con tal fuerza que casi da conmigo de bruces en el suelo. Como no paraba de toser, se

movió con agilidad a por un vaso de agua. Después de beber algún sorbo, comencé a calmarme y, una vez repuesto del todo, como el color de mi cara seguía pálido con la blancura de la muerte, el Fermín se quedó esperando alguna explicación. Pero en su lugar, le pregunté a bocajarro:

—¿Alguna vez te ha tratado alguien bien?; quiero decir, ¿te ha cubierto alguien de alguna fechoría sin delatarte a los alguaciles?

—¿Qué dices?, ¿estás loco? Esas personas no existen —afirmó rotundo Fermín—. Cuando alguien te descubre y te agarra, le falta tiempo para llevarte de una oreja a presencia de la autoridad. Lo sabes tan bien como yo.

—Pues, pues..., hoy me ha pasado algo que no consigo entender. —Y le conté toda mi aventura con pelos y señales.

—Ese cura está chalado. Si los curas son los peores. Si no te puedes fiar de ellos, como si fueras un competidor. ¿Estás seguro de lo que cuentas? ¿No lo habrás imaginado? ¿No me estarás mintiendo...?

Fermín se convenció de que por más increíble que pareciera, no mentía; o por lo menos se persuadió de que yo creía lo que contaba. Me dejó con mis propias reflexiones, mientras se marchaba a la cocina. Aquel día le tocaba sacar adelante la comida para toda la «familia». No comí gran cosa y no participé de la algarabía de cada comida. Tomás se percató de que algo no marchaba conmigo. Después de la comida y mientras los demás disfrutaban de un merecido descanso, Tomás me buscó.

—¿Qué pasa, Pascual? Has estado irreconocible en la comida hoy. ¿No ha ido bien la mañana? Ya sabes que eso no tiene ninguna importancia siempre y cuando a otros les haya ido bien.

—No, no es eso. Bueno, lo cierto es que no me ha ido nada bien; pero lo que me trae pensativo no es eso.

—¿Qué es, pues?

Volví a contar mi experiencia en detalle. Aunque creo que Tomás tampoco me creyó, supo dominar su incredulidad y se mostró comprensivo y cercano.

—¿Por qué crees que se portó así conmigo sin conocerme? ¿Qué pretendía o qué esperaba ganar?

—No tengo ni idea, pero ¿qué te parece si vuelves a buscar a ese cura, lo espías e intentas sacar conclusiones de tus propias pesquisas?

—Estará enfadado conmigo por haberme escapado sin su permiso y sin despedirme después de la propuesta que me hizo.

—Puede ser. Yo también lo estaría en su lugar. Pero si realmente se portó tan bien contigo una vez, podrá volver a hacerlo otra y no enfadarse contigo.

Sonreí ante la ocurrencia.

—Además, Fermín puede acompañarte. Ya sabes que su ayuda puede ser importante para escapar de situaciones comprometidas.

Volví a sonreír ante la perspectiva de que me acompañara el Fermín. Como tantas otras veces, la propuesta de Tomás me pareció acertadísima. No en vano era el jefe de todos nosotros. No bien terminamos nuestro diálogo, llevado de mi entusiasmo, marché a buscar a Fermín y lo saqué de sus sueños sin ser consciente de que aquello era una intromisión poco menos que imperdonable. Pero ya era tarde. Fermín se despertó, sí, pero lo que salió de su boca como de un volcán fue algo parecido a lava. Yo sabía que se le pasaría en unos minutos, pero había que aguantar el chaparrón de los primeros instantes. Por más que le pedí disculpas por haberlo molestado antes de la hora, no atendía a razones y no tuve más remedio que alejarme de él hasta que se le pasara el mal humor. Juzgué oportuno retirarme de la escena por unas horas, con la plena certeza de que podría contar con él para la misión que me había planteado el jefe.

En efecto, antes de media tarde, me buscó Fermín y me engatusó, como si nada hubiera pasado, para que le contara aquello por lo que lo había despertado. Bastaron un par de frases para que se hiciera cargo de la tarea. No dudó ni un instante en ofrecerme sus servicios. Este tipo de misiones de espionaje le agradaban especialmente al bueno de Fermín. Tenía un don especial para escabullirse,

para pasar inadvertido, para curiosear y dar con aquello que se buscaba, para zafarse de sus perseguidores. Me hizo explicarle el lugar al que nos teníamos que encaminar al día siguiente.

—¿La parroquia de San Bartolomé? Sí, claro que sé dónde está. Lo mejor será que nos acerquemos por la calle de Santa Úrsula, pues, antes de llegar a la iglesia, hay un rincón desde el que podemos tantear la situación sin ser vistos. Cuando las circunstancias nos lo permitan, nos introduciremos en la iglesia y nos escondemos en algún rincón oscuro desde el que podamos espiar a nuestras anchas a ese cura amigo tuyo.

—¡Eh!, ¡que no es mi amigo!

—Bueno, pues hablas de él como si lo fuera...; de ese conocido tuyo. ¿Por qué lo quieres espiar?

—Porque quiero saber más de él. Me gustaría saber si trata a todo el mundo como lo hizo conmigo.

—Desengáñate, ese individuo es como los demás. Yo que tú intentaba no volver a encontrármelo, porque la próxima sí que te va a echar el guante y te va a denunciar; darás con tus huesos en la fría cárcel y te pasarás allí varias semanas con más hambre que vergüenza.

—Sí, seguramente es como dices. —Aunque en el fondo de mi interior quería creer que no tenía razón mi interlocutor—. Pero quiero asegurarme.

—Bueno, pues como quieras. Pero, si nos descubre, no me vendas luego con que no te avisé.

Al día siguiente, cuando el sol ya estaba en lo más alto del cielo, nos encaminamos hacia la calle de Santa Úrsula. Reconozco que aquella noche no dormí bien. Tuve pesadillas, aparentemente no relacionadas con el cura, que no conseguía quitarme de la cabeza. Fermín iba fresco como una lechuga; era difícil dar con un compañero más feliz y despreocupado que este. Con mucha frecuencia, cuando otros se encontraban desorientados o desanimados, Fermín conseguía devolverles la alegría y la confianza. Iba silbando calle abajo sin dejar de mirar a derecha e izquierda como queriendo

aprovechar el tiempo para conocer mejor las casas señoriales, los palacios, los conventos que nos íbamos encontrando en nuestro camino. Aunque en ese momento no me atraían en especial los edificios, no me extraña que Toledo ejerza tal atracción sobre los artistas y personas cultivadas. Las torres, las almenas, los balcones, los escudos, las portadas, las ventanas... suponen un conjunto arquitectónico de elementos que sorprende y subyuga a quien tiene ojos para ver.

—Mira, Pascual, esos sitios son lugares interesantes de negocio..., más que esa iglesia a la que queremos ir. ¿Por qué no te olvidas de tu cura y nos dedicamos a espiar en este palacio? Desde aquel tejado —dijo señalando con el dedo—, tendríamos una vista maravillosa de esta mansión y podríamos planear un buen golpe.

En ese momento me vino a la cabeza la conversación que mantuve con el cura y cómo estuve a punto de comprometerme a no volver a robar. «Pero es cierto que no lo hice, porque en el último momento lo llamaron desde el altar», pensé para mis adentros como queriéndome justificar ante mí mismo y ante mi familia. Ese día me interesaba más saber del cura que pensar en planes para dar buenos golpes.

—Estás desconocido, Pascual —apuntó Fermín parándose y colocando los brazos en jarras—, como un tanto ausente.

Notó que no mostraba el entusiasmo por los negocios de otras veces.

—No, no es eso. Es que hoy hemos venido a hacer otra cosa.

—Bueno, bueno, tú sabrás —concluyó reiniciando el camino y haciendo muecas de no comprender muy bien qué pasaba por mi cabeza.

No me preocupaba que Fermín no me entendiera. Sabía que, a pesar de todo, podía contar con él para lo que fuera. Su generosidad y disponibilidad eran bien conocidas entre todos nosotros.

Después de avanzar unas cuatro manzanas, cuando casi estábamos llegando a la escalinata del templo, Fermín se volvió y casi cuchicheando me instruyó.

—Ahora hay que proceder con mucho sigilo, no sea que alguna señora de esas muy peripuestas nos descubra y acuda al cura con el cuento de que unos diablillos están haciendo algo sospechoso en la iglesia. Lo echaríamos todo a perder. Primero yo entro y estudio la situación —a Fermín le gustaba darse importancia y hacer de jefe—; después, si todo lo veo en condiciones, salgo y te hago señas para que entres. Ten presente que debes actuar con presteza y sin dudar ni hacer ruido de ningún tipo.

—Vale, vale. No te preocupes. Entendido.

Entró mi amigo muy confiado de sí mismo con aires de superior como quien conoce muy bien lo que va a hacer y se siente seguro de sí mismo. Yo me quedé medio escondido en la misma callejuela por la que habíamos llegado, mirando con atención la puerta de entrada, esperando la indicación del «jefe». No sé decir cuánto tardó en aclararse mi superior, pero a mí me pareció una eternidad. No entendía qué podría estar haciendo tanto tiempo sin salir a indicarme algo. Me estaba comiendo ya la gorra cuando decidí que no aguantaba más y me lancé hacia la iglesia con intención de entrar, aunque pretendieran impedírmelo los tercios de Flandes. Allá fui y, cuando abrí la puerta y después de unos instantes en que acostumbré la vista a la oscuridad, me quedé sin aliento por lo que vi. Estaba el cura hablando con mi amigo de tú a tú como si fueran amigos de toda la vida. Fermín asentía a lo que el otro le decía y, con cara de bonachón, se volvió hacia la puerta. Al verme sin esperarlo me hizo señas para que saliera sin demora. Yo me quedé fijo al suelo sin saber qué hacer, pero, cuando me pasó por delante y siguió hacia el exterior, lo seguí, más por saber qué había pasado que por estar convencido de que era lo mejor. Una vez fuera y sin observadores no deseados, le increpé.

—¡Buena la has hecho, amigo! Y ahora, ¿qué?

—¡Calla! ¡No te enfades! Es que al entrar me lo he encontrado de bruces en la iglesia sin haber tenido la posibilidad de esquivarlo o de esconderme.

—¿Qué te ha dicho, que parecías un angelito bajado del cielo?

—Pues no me he enterado. Estaba intentando disimular para no echar a perder nuestro plan.

—¿Crees que podemos seguir adelante sin más?

—¡Claro, hombre! Si me ha dicho que ahora en unos minutos esperaba a algunas personas que iba a atender en la sacristía. Nos quedamos aquí un ratillo y entramos. He visto un sitio muy a propósito para escondernos y espiarlo en la sacristía y en el altar sin que seamos descubiertos.

—¿Qué te ha parecido? ¿Qué impresión tienes?

—¿Del cura...? Pues la verdad, tiene una mirada alegre y simpática. Te habla como si te conociera de toda la vida.

—¡Eso mismo he pensado yo al verte tan sumiso delante de él!

—¡Claro! No quería estropear las cosas y que sospechara cualquier disparate.

—¡Bueno, bueno! Vamos a seguir con el plan.

Esperamos en silencio un rato. Como Fermín no se movía, lo arrastré detrás de mí y nos volvimos a meter en el templo. No lo vimos. Con cuidado, nos situamos en el lugar que había detectado mi amigo. Era, ciertamente, un buen lugar para ver sin ser visto y espiar a nuestras anchas al cura. Al poco de estar ya preparados, llegaron varias personas que se dirigieron sin dudar a la sacristía. Allí se encontraron con el cura. No podíamos escuchar sus palabras, pero veíamos perfectamente los ademanes y los movimientos de manos y cuerpo, así como los gestos de la cara. Me quedó claro que el «curilla» tenía don de gentes. Todos los que acudían a él sonreían, charlaban animadamente con su interlocutor y se marchaban con semblante pacífico y sereno. Cuando un mozalbete entró y se encaminó a la sacristía, Fermín me dio un codazo. En tono muy bajo para que solo lo escuchara yo, me dijo sorprendido:

—¡A ese lo conozco yo! ¡Pero si es el granuja que hace dos semanas me quitó de las manos una faena de lujo!

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Sí... No sé cómo se llama, pero tiene una cicatriz en la mejilla derecha que es inconfundible. Estaba yo en la plaza de la catedral y le había echado el ojo a un caballero con espada y buena bolsa que se había parado a contemplar la majestuosidad de la cara este del templo. Cuando iba a meterle la mano en la capa, se me adelantó con la velocidad del rayo un joven quien, sin pensarlo dos veces y sin pedirme permiso, se abalanzó sobre el caballero fingiendo que había tropezado y pidiendo a continuación disculpas, pero alejándose de él con su bolsa. En cuestión de unos momentos, me desvanecí del lugar por lo que pudiera pasar a continuación. No sé nada más, pero me quedó bien grabada la cara con la cicatriz del «buen ladrón».

—¿Estás seguro? Puede haber más personas con ese tipo de cicatriz.

—Estoy seguro. Además, la forma de andar es la misma... — apartando la vista de mí, lanzó al aire—: ¿A qué habrá venido ese bribonzuelo?, ¿qué se trae entre manos con nuestro prelado?

Aquel joven entró en la sacristía y lo vimos forcejear con el sacerdote. Parecía que no se ponían de acuerdo en algo. ¡Qué hubiéramos dado por poder escuchar con claridad lo que decían y de lo que trataban! Estaban demasiado lejos para poder conjeturar nada ni de sonidos ni de gestos de la boca. Después de un cuarto de hora en que nos encontrábamos tensos del esfuerzo por escuchar y mirar con intensidad, el de la cicatriz salió de la sacristía y se encaminó con paso firme y decidido hacia la salida. No parecía contrariado. Lo seguimos con la vista hasta que salió a la calle. Instintivamente volvimos la mirada a la sacristía y cuál no fue nuestra sorpresa que ¡no encontramos allí al cura!

—¡Demonios!, ¿dónde se habrá metido? Pero si estaba ahí hace un momento.

—Se habrá metido más adentro. No es posible que se nos haya escapado por la puerta de la sacristía. Hemos estado aquí todo el rato —insistí yo.

—Eso digo yo —repitió el Fermín—. Esto no me gusta nada. ¡Vámonos!

Y sin esperar respuesta ni encomendarse a ningún santo, se lanzó hacia la puerta principal. No tuve más remedio que seguirlo, aunque no estaba convencido de que fuera la mejor opción. Justo cuando dábamos el primer paso fuera del recinto del templo y casi respirábamos tranquilos, nos tapó el sol una figura esbelta que no era sino nuestro querido curilla.

—Hola, ¡mira lo que he encontrado saliendo de la iglesia! El tal Fermín y su amigo Pascual, a quien conozco de hace poco y con quien compartí una aventura interesante no hace mucho. Os veo muy devotos últimamente. ¿O habéis venido a otra cosa hasta aquí?

No sabíamos qué decir. No conseguíamos entender cómo se nos había escapado sin dejar rastro y nos había pescado desde fuera de la iglesia. Fermín tartamudeó.

—¿Co co có... mo ha salido de la iglesia? Si estábamos viéndolo ahí dentro con ese chaval de la cicatriz hace un momento.

—Así que eso es lo que os ha traído por aquí. Me estabais espiando, ¿verdad?

—No, no —me apresuré a asegurar—. Pasábamos por aquí y le he dicho al Fermín que podíamos pasar a verlo.

—¡Ah!, ¿sí? Pues aquí me tenéis. ¿Por qué no pasáis dentro y me contáis con más calma?

—Antes de nada, me tiene que explicar cómo o por dónde ha salido de la sacristía sin que hayamos podido verlo —solicitó mi compañero.

—Esas cosas os gustan, ¿no? Es parte de vuestra tarea diaria: aparecer, coger y desaparecer, a ser posible sin que nadie sepa por dónde o cómo.

Los dos nos miramos como diciendo: «¡La que nos va a caer! Ahora sí que nos va a entregar a un alguacil». Sentimos un primer impulso para escapar con agilidad. Antes de que pudiéramos hacerlo, aquel hombre nos subyugó con su comprensión y cercanía.

—No os preocupéis. Conmigo estáis a salvo de la justicia. Nunca os delataré. Aunque preferiría que buscarais un modo decente

para ganáros la vida y labraros un porvenir lo más digno posible, entiendo que queráis seguir con vuestro modo de vida. Si me prometierais que no vais a robar más de lo que necesitéis para vivir y nunca a alguien más necesitado que vosotros, me quedaría más a gusto.

No dábamos crédito a lo que estábamos oyendo. Una vez más nos miramos los dos y coincidimos, sin comunicarnos nada, en lo que estábamos pensando: «¿De dónde se habrá escapado este hombre tan fuera de lo corriente?; cualquiera que tuviera la oportunidad nos llevaría a la justicia y nos metería entre rejas por una temporada».

Sin saber muy bien cómo reaccionar a sus palabras y a falta de otra idea, nos empezamos a alejar volviendo la cabeza cada tres pasos como para asegurarnos de que aquello era real. Allí seguía sonriendo, casi feliz, meneando las manos en señal de despedida todas las veces que volvimos la cabeza, hasta que doblamos la esquina.

Fueron mis primeros encuentros con el padre Agustín.